Entrevista con Alain de Bottom

Carlos Alfieri

Desde muy joven y con no poca osadía, Alain de Botton resolvió que escribiría libros que abordasen cuestiones filosóficas de manera entretenida y hasta divertida, y temas de la vida cotidiana de todos los hombres desde un punto de vista filosófico. Así, a los 24 años publicó *Del amor* (1993), al que siguieron *El placer de sufrir* (1996), *Cómo cambiar tu vida con Proust* (1998), *Beso a ciegas* (1999) y *Las consolaciones de la filosofía* (2001); de esta obra se vendieron medio millón de ejemplares sólo en el Reino Unido y un programa de televisión basado en ella conquistó idéntico éxito. Sus libros se han traducido a más de veinte idiomas.

Nacido en Zurich, Suiza, en 1969, Alain de Botton vive en Londres desde los 12 años de edad. Estudió Historia en la Universidad de Cambridge y a partir de esa disciplina se abrió al estudio del ámbito de las ideas. Su obra más reciente, *El arte de viajar* (Editorial Taurus, 2002) ha aparecido en España antes que en Gran Bretaña, Estados Unidos y una docena de países que preparan su edición.

—¿Qué consuela más, la filosofía o viajar?

—Creo que se trata de dos tipos distintos de consolación y, por otra parte, nunca pienso en términos disyuntivos: o esto o aquello. Ambas cosas pueden mejorar la vida; me interesa indagar acerca de cómo las dos pueden traernos la felicidad.

—Cavafis lo advirtió en su poema «La ciudad»: «No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares./Tras ti irá la ciudad. Y por las mismas/calles vagarás». ¿Viajar es un intento vano de salir de nuestra piel?

—Es un intento de tener distintas experiencias, pero sabiendo que toda experiencia pasa siempre a través del filtro de nosotros mismos. Quizás una de las sorpresas más gratificantes que nos puede deparar un viaje consiste en tratar de no seguir lo que nos dicta nuestro filtro y en abrirnos a las vivencias más puras. Debemos ser capaces de disfrutar del lugar al que viajamos sin la interferencia excesiva de nuestra propia historia, de nuestro

estado de ánimo, de nuestras angustias y dificultades. Desafortunadamente, a menudo no lo logramos y el resultado suele ser bastante frustrante.

—El otro, lo otro, ¿es, como para Flaubert, el Oriente de cada uno?

—Lo otro no tiene porqué ser Oriente, no sólo debe ser lo que fue Egipto para Flaubert. Noruega puede ser lo otro si uno es italiano, por ejemplo, o Islandia. Tradicionalmente, por la práctica dada de los viajes, fueron los habitantes del Norte los que visitaron el Sur, pero las mismas ventajas o desventajas comparativas pueden encontrar los del Sur que viajen al Norte, o los del Este que lo hagan al Oeste. Viajar es una forma de ponerse en contacto con valores y actitudes que no existen en nuestro propio país. Así, los alemanes, que no sentían pasión por su propia cultura, buscaban esa pasión en el Mediterráneo: Goethe y Nietzsche creyeron hallarla en Italia.

—¿Todo exotismo es fruto de un equívoco?

—El exotismo es una idea romántica, una idealización similar a la que se produce en el amor. El enamoramiento siempre se basa en todo lo bueno que hay en la otra persona, en la exageración de sus virtudes. Y no es que no haya nada bueno en ella, sino que lo bueno coexiste con una serie de cosas no tan buenas que dejamos de lado. Cuando nos encontramos en países exóticos tendemos a centrarnos en lo diferente, en lo que a nuestros ojos es bueno; con esa actitud inocente no podemos llegar a un conocimiento verdadero. Tampoco lo alcanzaremos, desde luego, si partimos del prejuicio o la animadversión.

—¿Viajar es un desplazamiento físico o una construcción mental?

—Hay formas de moverse físicamente que no producen, en absoluto, un cambio de nuestra actitud mental. Y, del mismo modo, hay formas de viajar que no requieren que nos movamos de nuestra silla; es decir, viajamos con nuestra mente, en el sentido de que uno puede experimentar así un cambio de la perspectiva habitual, entrar en contacto con nuevas ideas, evolucionar. De manera que hay dos viajes: uno físico y el otro mental. Lo ideal es que ambos sean simultáneos, que el traslado físico conlleve una experiencia interior. Pero no siempre es posible; a veces nos enfermamos, o no podemos dejar de lado nuestra desdicha, o estamos absorbidos por determinados asuntos, y eso nos impide que realicemos un verdadero viaje.

—¿En dónde está el placer de viajar, en la confirmación o en el desmentido de la imagen anticipada?

—Supongo que uno puede sorprenderse placenteramente, encontrarse con algo agradable que no se esperaba, aunque la mayoría de las veces, cuando la gente se declara sorprendida por un viaje alude a una sorpresa negativa. Sin embargo, no cabe duda de que esperar algo es parte importante del disfrute posterior de la cosa. El otro día, mi novia me llevó por sorpresa a París; yo sabía que iría el viernes por la tarde a un sitio pero no sabía dónde. Y pude comprobar así hasta qué punto el anticipar algo es placentero: como no sabía qué tenía que esperar, quedó eliminada una fuente importante de placer.

—¿Se puede conocer otra realidad mediante un viaje más o menos breve o es un propósito inútil?

—Siempre accedemos a verdades en los viajes, y también en la literatura, que son inesperadas. En el campo literario, por ejemplo, podemos imaginar que un profesor que estudió a Shakespeare o a Cervantes durante 25 años necesariamente comprenderá más a esos autores que cualquier joven estudiante que aborda por primera vez un libro de ellos y lo lee durante 20 minutos. Sin embargo, pueden ocurrir paradojas, como que ese estudiante experimente en esos escasos 20 minutos una revelación trascendental. Lo mismo puede ocurrir con los viajes: alguien hace un viaje de fin de semana a otro país y se da cuenta de algo que quizás otro viajero que permaneció meses en él o incluso quien vive allí nunca advirtió. Es una cuestión de perspectiva: uno puede encontrarse demasiado cerca o demasiado lejos del objeto, y en ambos casos no podremos verlo bien.

—¿Los tópicos sobre una ciudad o un país son puras falsedades o logran atrapar alguna verdad esencial?

—Yo creo que los tópicos siempre captan algo esencial. El problema de los tópicos no es que sean totalmente erróneos, sino que son superficiales.

—¿Un viaje se consuma verdaderamente sólo cuando nuestra subjetividad encuentra alguna forma de acoplamiento con el nuevo paisaje?

—Sí, estoy convencido de que es así. Hay gente que conecta con un determinado paisaje y no con otro, o una misma persona a veces está abierta a un lugar y a veces no. Lo interesante es indagar en las razones de esa especie de milagro del acuerdo de lo interior y lo exterior.

—*En su libro* El arte de viajar *cita a Humboldt, que en 1801 escribió en relación con su viaje a América del Sur: «Me incitó un impreciso anhelo de ser transportado desde el tedio de la vida cotidiana hasta un mundo maravilloso». ¿Acaso la condición necesaria para que un mundo sea maravilloso consiste en que no se convierta nunca en vida cotidiana?*

—No, no lo creo. Precisamente en la última parte de mi libro recuerdo a Xavier de Maistre, que descubre lo maravilloso a partir de su vida cotidiana, en lo que constituye casi un mensaje anti-viaje. Por otra parte, pienso que un viaje como el que emprendió Humboldt sería imposible de realizar actualmente, porque ya no podemos ser exploradores originales, ya no quedan tierras por descubrir. Sólo nos queda aprender a utilizar cosas que ya han sido descubiertas para ponerlas al servicio de nuestros propios fines y procurar que sean beneficiosas para nosotros.

—*Usted propone al Xavier de Maistre del* Viaje alrededor de mi cuarto *y de la* Expedición nocturna alrededor de mi cuarto *como un modelo de viajero que yo llamaría minimalista. Puestos a comparar, ¿no es mucho más minimalista el Duque des Esseintes de la novela de Huysmans* À rebours, *que a punto de emprender un viaje a Londres desiste porque comprende que el Londres real será muy inferior al imaginado?*

—Creo que Xavier de Maistre es un personaje más optimista que Des Esseintes, porque éste piensa que no hay ningún lugar en el mundo que valga la pena conocer y que todo es falso y deficiente; lo único bueno que existe, para él, es el arte y la imaginación. De Maistre, en cambio, está convencido de que no sólo las cosas lejanas son agradables sino también las que tenemos en casa. No dice que únicamente sea agradable nuestro propio cuarto, sino que antes de emprender un viaje hacia fuera conviene descubrirlo como un lugar interesante.

—*¿Cómo resumiría su filosofía del viaje?*

—Mi libro trata de analizar los distintos tipos de felicidad que depara un viaje. Es un epítome de los placeres y displaceres que éste entraña.

—*¿Cuál es su autor preferido de literatura de viajes?*

—Los autores que tomo como guías en mi libro no son precisamente escritores especializados en viajes sino escritores que han viajado. Creo

que todos los grandes escritores lo son también de libros de viajes, en el sentido de que nos llevan a lugares nuevos o nos permiten ver con una óptica nueva lugares muy conocidos.

—De acuerdo, pero me refería a escritores específicamente dedicados al género de viajes...

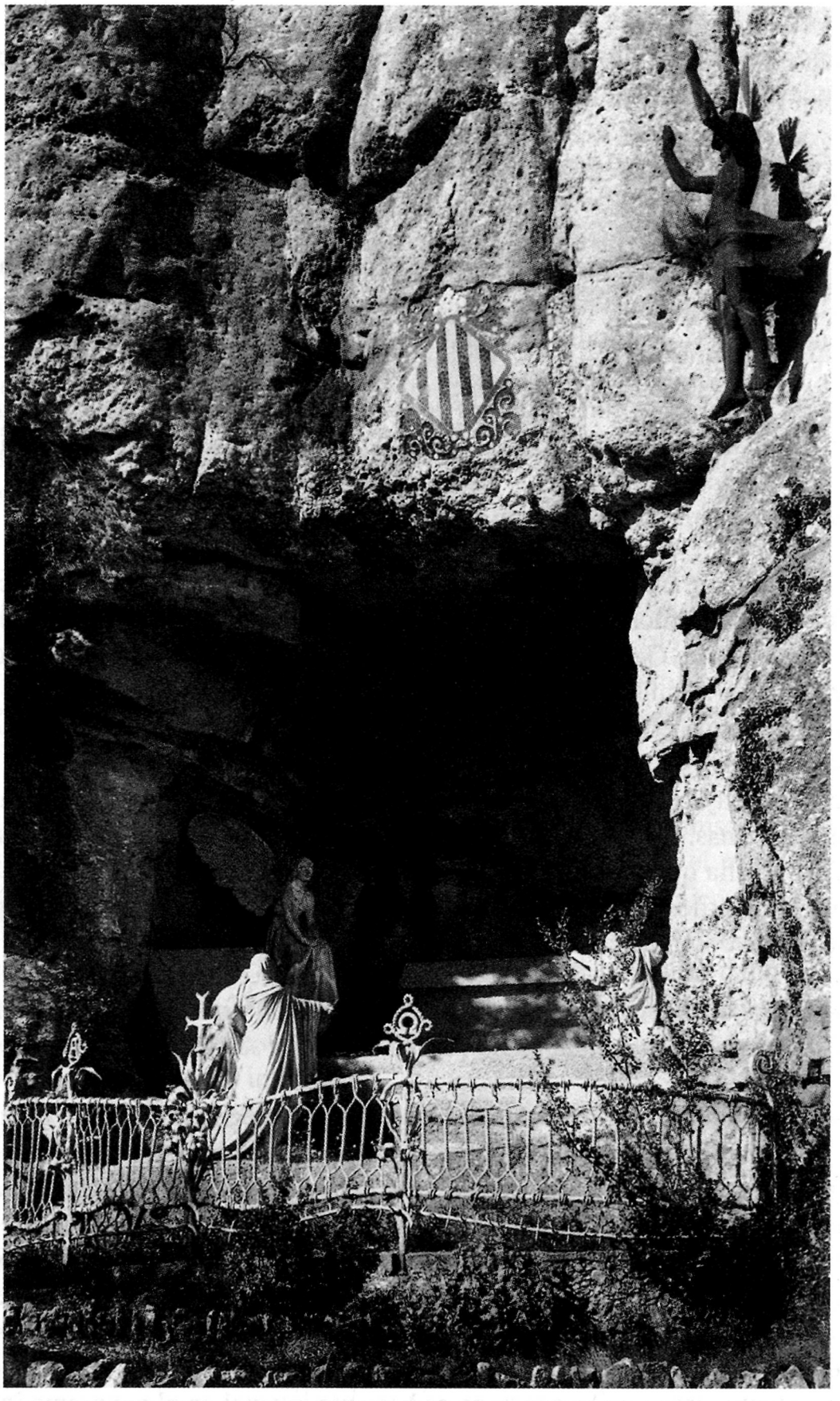
—Hay autores que me gustan mucho por toda su obra y que además han escrito espléndidos libros de viajes. La descripción de Egipto que hace Flaubert o el viaje a Italia de Stendhal son maravillosos.

—En su obra Las consolaciones de la filosofía *propone una terapia para ciertos males cotidianos basada en la filosofía. ¿Se adhiere así a un tipo de concepción utilitarista del pensamiento que Nietzsche despreciaba en Stuart Mill y en los ingleses en general?*

—Se trata de un punto bastante sutil, pero intentaré aclararlo. Nietzsche sostenía que la filosofía no era sólo un asunto de académicos y hacía suya la sugerencia de Goethe de que todo estudio debería beneficiar a la vida del ser humano. Al mismo tiempo, Nietzsche estaba en contra de una filosofía utilitarista muy estrecha de miras, según la cual si algo proporciona felicidad es bueno y si proporciona sufrimiento es malo. Como es sabido, él creía que hay cosas que pueden causar dolor y que sin embargo son, a la postre, buenas. O sea que hay distintos tipos de felicidad y él valoraba una forma de ella que puede surgir de un proceso doloroso. En cambio, Stuart Mill y otros filósofos utilitaristas no apreciaban en su justa medida el papel que puede desempeñar el dolor para la consecución de una vida plena.

—Filósofo, divulgador de la filosofía, periodista especializado en temas filosóficos... ¿Con cuál definición de su actividad se siente más cómodo?

—Mi entendimiento de la filosofía es el siguiente: se trata de un intento de estudiar de manera precisa, minuciosa, determinadas cuestiones que no dejan de estar relacionadas con la vida diaria de todos los hombres. Así, uno puede escribir de la filosofía del amor, del trabajo, de la moda, de la muerte o de los viajes, por ejemplo. Es esta tentativa de analizar de modo riguroso temas de la vida cotidiana lo que a mí me interesa. Soy consciente de que muchos filósofos pertenecientes al mundo académico pueden despreciar esta concepción de la filosofía: ellos no se dedican a estas cosas. Por lo tanto, creo que lo que hago es bastante inusual en el panorama intelectual presente.



Antoni Gaudí: Cueva de Montserrat